

## Rumbos Liberales

Con el título, prometedor y sugestivo, que encabeza estas líneas, ha dado recientemente a la luz pública un hermoso libro el señor Doctor Simón Planas-Suárez, nuestro compañero de labores en la dirección de este Boletín, y uno de los más constantes cultivadores de las Ciencias Políticas y Sociales.

Son ya numerosas, y suficientemente conocidas de los públicos de América y Europa, las Obras que este infatigable trabajador intelectual ha lanzado a la circulación de las ideas en estas épocas de inquietud espiritual, de crisis profundas en todos los órdenes de la actividad humana, y de búsqueda de nuevas orientaciones políticas tanto en la órbita interna como en la internacional.

Nuestra crítica o nuestro elogio poco o nada vendrían a añadir a los méritos sobresalientes de un hombre, que, contra viento y marea, ha logrado imponer a la consideración de los entendidos sus opiniones y doctrinas en materias de Derecho Público, así como también ha demostrado siempre una honda preocupación por el desenvolvimiento y resolución de los grandes problemas económicos, políticos y financieros del país.

Llegue, pues, hasta él nuestro aplauso y nuestro estímulo, que así como no hay nada tan desconsolador como el silencio culpable o premeditado en torno a un es-

fuerzo saludable y bien intencionado, tampoco hay mejor acicate para el triunfo ni mayor impulso para la voluntad, que el reconocimiento sincero de la labor realizada en un sentido de patria, con un absoluto desinterés en cuanto a las cosas pasajeras y mezquinas de la vida...

Nos complace altamente ofrecer a nuestros lectores dos de los más interesantes y novedosos capítulos de la Obra en referencia:

## LA IGLESIA, LA SOBERANÍA POPULAR Y LAS CLASES TRABAJADORAS

### I

Es innegable que los tiempos en su evolución no cambian los principios de las cosas ni todo cuanto en ellas existe de fundamental o de invariable por su propia naturaleza.

Pero asimismo es de toda evidencia que ciertos postulados que han de ampliarse o restringirse, o modificarse para hacer frente a nuevas y variadas condiciones o adaptarse a las múltiples y no previstas circunstancias que constantemente se ofrecen en el terreno de las realizaciones, sufren en su objetividad verdaderas deformaciones en sus aplicaciones prácticas, hasta convertirse en graves peligros cuando entran en los dominios de la imaginación y a prevalecer en conciencias estériles y en cerebros ayunos de todo concepto de moral y de deber, horros de justicia y de derecho, cerebros que son, por lo demás, los únicos proclives a la aclimatación de ciertas ideologías de fuerza destructora, que revisten en el hecho el carácter de brutales desenfrenos.

De aquí, pues, que una serie de nociones sanas y nobles, capaces de elevar el nivel del hombre civilizado y de empujar hacia un eficiente progreso a las sociedades bien constituidas, sean explotadas por todos los extremismos, tanto por los de la zona comunmente llamada "derechas" como por los de las "izquierdas", en un claro sentido de especulación y de oportunismo, porque ambos son feroces dictaduras y la invención de estas no es moderna, como que la historia las exhibe en sus tres aspectos más caracterizados desde las más remotas épocas.

Y claro es esto, porque o no son bastante inteligentes los de "derechas" para comprender en su más amplio y leal sentido las aspiraciones de los pueblos, en la hora de una evolución que tiende a una transformación general de toda la vida social, económica y política de las naciones, o no son suficientemente advertidos los de "izquierdas", o padecen de la más evidente mala fe, para no saber, en verdad, que sus hechos y sus acciones sólo pueden calificarse de gran crimen, de monstruoso atentado contra la civilización y la humanidad y la patria.

No pueden ser mayores aquellos que condenan por la fuerza de violencias y amenazas a los ancianos y a los niños, a las mujeres y a los mozos en general, a la miseria, al hambre, a la ruina y a todos los horrores que pueden practicar las turbas inconscientes, emborrachadas por la predicación de sus apóstoles, quienes como ráfaga brutal intentan apagar la luz de la razón, para iluminar la conciencia del pueblo con aberraciones, con las más quiméricas utopías y con el seductor espejismo de unos derechos exorbitantes, de unas nivelaciones imaginarias y de exaltaciones absurdas, después de una abundante siembra de explosivos mentales en las cabezas más cerradas y menos dispuestas a recibirlos innocuamente.

Así es como vemos que en casi todas las naciones del mundo, y a falta de un claro discernimiento, pasan los hombres con facilidad pasmosa, quizá por desconocimiento absoluto de las situaciones reales, porque sólo se guían por las apariencias, de un lado al otro, de “las derechas” a “las izquierdas”, sin darse cuenta cabal de que las dictaduras, ya sean las del proletariado (comunismo) o bien las de ciertas clases organizadas, son siempre las dictaduras de un individuo, dictaduras que más tarde o más temprano conducen a los pueblos a la licencia y luego a la tiranía.

De suerte que el tirano podrá cambiar de nombre y de *modus faciendi*, pero los mecanismos del sistema serán siempre idénticos, porque la intolerancia, el odio y el terror son partes integrantes de los principios dictatorios, de modo que a la sociedad se le darán siempre los mismos vejámenes y sufrirá siempre los mismos atropellos y las mismas arbitrariedades.

Es forzoso convenir en que cuando la ley, la justicia y el derecho se eclipsan y domina omnipotente la voluntad de un hombre, así sean sus intenciones las más rectas, la libertad no existe más, porque el pueblo ha dejado de expresar su voluntad y su soberanía la ha trocado voluntaria o involuntariamente por la esclavitud.

Y digo “libertad”, pura y simplemente, porque no puede haber confusión entre el principio de la “libertad absoluta” y el de la “libertad relativa” o regulada, que es, en suma, la que gozan los hombres civilizados. Toda otra libertad sería la licencia, que siempre es horripilante por bestial.

Saber ser libre es sin duda alguna el más difícil de los deberes ciudadanos en una verdadera democracia, porque para ser libre es menester tener conciencia y te-

ner responsabilidad; la libertad no puede ejercitarse sino dentro del orden y al amparo de la ley, o sea con espíritu de disciplina y voluntad de trabajo.

No se pretenda pues, por nadie, hacer una entidad aparte de la dictadura del proletariado, porque, esto habrá que repetirlo siempre, toda dictadura es dictadura, y por consiguiente abominable. Además, la dictadura del proletariado o de las masas concluye, más tarde o más temprano, pero fatalmente, en la dictadura de un hombre, de un Robespierre o de un Stalin, esto es también inevitable, y la experiencia de esta cruel verdad la tienen ya conocida y vivida algunos pueblos, con la más honda amargura y ruina.

Porque la dictadura no cambiará de su feo nombre ni de sus pésimos resultados por el hecho de que sea una persona física o una asamblea quien la ejerza. Menguado consuelo para un caminante, desvalijado y maltrecho por una cuadrilla de bandoleros, el que pudiera decir después del lance, con grotesca resignación: menos mal que no fuí atropellado por uno sino por muchos.

Lejos de disminuir aumenta el desafuero cuando son varios sus perpetradores, y esta sola razón basta para explicar el por qué, sea cual fuere la dictadura o el género de ella, las sociedades prefieren un "tirano único", responsable de sus atentados y de sus crímenes, aunque bien se comprenderá que semejante situación resulta imposible, porque jamás podrán faltar los cómplices y secuaces del déspota "mayor".

Sólo si se piensa de diferente manera es como puede admitirse que de nociones tan claras y perfectas como son la del concepto de "libertad individual", de "derecho" y de "justicia", de "propiedad privada", de "igualdad" y de "fraternidad" de todos los ciudadanos, de "cooperación

social" sin distingos, en suma, de humanidad,—nociones estas que constituyen la esencia misma del liberalismo y de la democracia en su verdadera función—puedan deducirse por los afiliados a los grupos sectarios de un lado o del otro, ideas que no corresponden a la verdad ni a la realidad, que no responden a las necesidades de la hora ni a las ideas del tiempo que pasa.

Por lo demás, existe un contraste tan absoluto entre los regímenes totalitarios, de derecha o de izquierda, y un sistema democrático y liberal, que no cabe discusión alguna al respecto. Los primeros imponen un sistema dictatorial, mientras que el segundo sólo reclama un régimen de libertad bien entendida, de orden y justicia, de derecho y de equidad, de ley para todos.

Sin embargo, que existe cierta confusión, que se manifiestan dudas y se suscitan hechos graves que profundamente conmueven y destrozan moral y materialmente a las sociedades es algo innegable, y basta para hacer patente tal estado de cosas, observar la situación en que se coloca a la iglesia, ya bajo un régimen ora bajo el otro.

Más claramente dicho, las masas halagadas por sus predicadores suponen o se las hace creer que los Doctores de la Iglesia jamás se han ocupado de la suerte de los pueblos; que su obra humana, social y cristiana, tal cual se intenta practicar hoy por los espíritus ecuanímenes y liberales, ha sido nula en todas las épocas, y lo que aun es más grave, que la tradición de esos mismos Doctores ha sido siempre de apego a los "tiranos" y de devoción a las "dictaduras".

De cierto, nada más distante de la verdad, pero débese tener en cuenta que modernamente, en el lenguaje y en el pensamiento de cierto elemento popular, de

ese que se esfuerza por crear la lucha de clases y propagar la indisciplina y la subversión, de ese que se propone enturbiar las conciencias y trabajar dentro y fuera del territorio nacional contra los más sagrados intereses patrios, para servir los de extraños o los internacionales, "dictaduras" y "tiranías" no son a su juicio única y exclusivamente las de las "derechas"; no, porque llegan hasta a calificar de tales a gobiernos democrático-liberales cuando imponen el orden y el cumplimiento de leyes civilizadas y humanas, de esas que la razón aprueba y la voluntad acepta.

El ejemplo vivo de que en todas las épocas las prácticas y el espíritu de las doctrinas de los Doctores de la Iglesia, o más propiamente expresado, de los teólogos-juristas, fué siempre de particular interés por todos los problemas sociales y en especial por la suerte de los trabajadores, sin que les fuera extraño disertar sobre los económicos y políticos, se patentiza a todo lo largo de la historia de los pueblos, hasta nuestros propios días y en nuestra misma patria, en la forma más contundente y con la elocuencia de hechos que no dejan mentir.

A este mismo respecto he escrito en mi disertación sobre "La soberanía popular y el concepto moderno del Estado", que al contrario de lo que se imaginan algunos predicadores modernistas de mala fe, no son las leyes en favor de los obreros cosa de hoy, sino muy antiguas en los pueblos cuya legislación ha estado penetrada por el principio ético y sobre todo por el espíritu cristiano. Las admirables Leyes de Indias son de ello buen ejemplo, de eso que con razón llamó Bismarck, en su época, *cristianismo práctico*.

Postulados sociales, pero cuántos no ha dictado la Iglesia, fiel a sus doctrinas, explicadas por sus teólogos y juristas, cuando imponen a la voluntad el precepto de

hacer el bien y el respeto de los derechos de la persona humana, cuando predicán el deber social, la justicia social y el respeto de los poderes establecidos y por consiguiente el de las instituciones, postulados del cristianismo que perdurarán, como la Iglesia misma, en la conciencia de todas las sociedades civilizadas, porque naturalmente concuerdan con el más amplio alcance de una política liberal y democrática, la única noble y magnánima, propia de un régimen republicano y fuerte en la autoridad de la ley.

Y es para notar aquí, como lo observa Su Eminencia el Cardenal Cerejeira, en aplicación del principio a todas las *"dictaduras"*, tanto a las de *"derechas"* como a las de *"izquierdas"* y refiriéndose a la franca actitud de Su Santidad, que *"si en lo que se refiere al "comunismo" ateo la Iglesia lo ha condeñado, no ha sido para salvar las cajas de caudales de los ricos, sino porque es contrario a la naturaleza y a Dios"*.

Y más adelante agrega los siguientes conceptos, terminantes y enfáticos en cuanto atañen a ciertos regímenes políticos que tienen hoy día la simpatía de personas que desconocen los principios fundamentales en que se basan:

*"Nadie se ha opuesto más al comunismo ateo que el Papa, por constituir un peligro para la civilización. Pero no menos amenazador, aunque hasta el presente haya usado medios menos violentos, pero más inteligentes, es un régimen que se basa en el materialismo, aunque esté lleno de misticismo religioso, que destruye en las conciencias de los hombres su herencia cristiana...."*

*"Una vez que se suprime a Cristo, nos encontramos que vuelve a regir al mundo el duro imperio de la fuerza; de nuevo se edifica a César y, conforme al antiguo*

*proverbio, cada deseo suyo tiene fuerza de ley. El hombre una vez más se hace esclavo del Estado, el cual trata de definir las reglas de la justicia y de la moral del Estado, sin el cual entonces se dice que no hay derechos. . . .*

*“Los regímenes totalitarios (nazismo, fascismo, etc.) tienden a suprimir la libertad de acción católica, una tendencia que es esencial al principio de la absorción total de las actividades del individuo. Como que el Estado niega la existencia de todo lo que esté fuera del propio Estado, la vida católica y la libertad católica son consideradas por el totalitarismo como un obstáculo a su absoluto dominio”,* y todo esto es manifiesto porque el “totalitarismo” es pagano y anticatólico.

Sólo puede consentirse a hombres de muy escasa ilustración, que se imaginen sinceramente lo contrario de cuanto hemos expuesto en los términos más enfáticos, no para impresionar sino para declarar la verdad, porque sólo ellos pueden ignorar que han sido la Ética y la Política de Aristóteles, los tratados filosóficos de Cicerón, las obras morales de Séneca, los escritos de los Santos Padres, la “Suma Teológica” de Santo Tomás, y sobre todo y ante todo las páginas del Evangelio, impregnadas no sólo de valor moral y religioso, sino también, por eso mismo, de valor social, los elementos éticos e intelectuales que más han influido para que “los gobiernos reconozcan como obligación primera,— dice en el Tratado Quinto de su magna obra “De la Justicia”, Luis de Molina—la de legislar para que se cumpla la virtud cardinal de la justicia y también para que se practiquen, con vistas al *bien social*, otros actos *de diferentes* virtudes morales, todos encaminados *al mejoramiento de la condición social de los ciudadanos* mediante las leyes y la administración, porque así lo exige el bien común y el decoro de la república”.

¿No se encuentra claramente formulado en estos conceptos todo un amplio contenido de doctrina social y hasta el principio mismo de la enseñanza primaria obligatoria? ¿O es que “el bien y el decoro de la república” no exigen en los ciudadanos un *mínimum* razonable de cultura, no inferior cuando menos a lo que llamamos hoy instrucción primaria? Esto parece indudable y suficientemente demostrado en los grandes principios que Luis de Molina proclama.

Por eso encajan aquí como de encargo, por la correlación que tienen con las ideas que expongo, algunas frases escritas por los conocidos publicistas Jérôme y Jean Tharaud, a propósito de una entrevista celebrada en Roma, “El Milagro de Pío XI”, en la cual explican que entre los immanentes principios que el papado representa está no sólo el sentimiento religioso, sino la idea de la libertad y de la dignidad humanas y, de modo general, todo lo que está contenido en lo que se llama humanismo, es decir, cierta manera de sentir y comprender la vida, que el catolicismo ha heredado. A este humanismo Pío XI consagró lo mejor de sí mismo.

La manifestación de tal estado de espíritu la dan explícita los Tharaud, cuando dicen: “En el mundo de los políticos, fascistas u otros, no faltan gentes inteligentes y enérgicas, pero se demuestra a menudo en ellos una carencia de cultura general, que hace que no vean a veces cierto aspecto de las cosas, con frecuencia el más profundo. No es el caso con Pío XI. ¿Existe un hombre de Estado contemporáneo que tenga siempre como él, en su mesa de trabajo, al alcance de su mano, y mejor aún, en su memoria, todos los clásicos griegos y latinos, Horacio, Virgilio, Cicerón?

“En su espíritu los concilia con la Biblia y el Evangelio, y esto hace esa armonía que es el propio catolicismo”.

Y todo esto es exacto y verdadero, porque, ¿dónde encontrar mejor escuela de libertad y de liberalismo? Leer a Tácito y a San Agustín, estudiar las Filípicas de Cicerón y las Epístolas de San Pablo, es fortalecer el alma y encender en ella vivo ardimiento para combatir todas las tiranías, es arreciar el espíritu para luchar por la libertad, y no vaya a pensarse que por tal razón se vuela las espaldas a la realidad.

Todo lo contrario, a esa realidad la contempla con ánimo sereno y clara visión de las cosas, y “con ese espíritu ecuménico que no se explica sino por el sentido cristiano de la verdadera fraternidad”, según la frase de Charles Terlinden, o por ese respeto recíproco de todas las convicciones, que figura entre los principios fundamentales de toda democracia liberal.

Ahora, el asunto es tan vasto y de tal magnitud las observaciones de orden vario que su crítica ofrece, que materia sería para un libro de extraordinario alcance y trascendental influencia a la hora actual, en la que se impone la desaparición de los “internacionalizantes” y en la que se siente además, hondamente, la necesidad creadora de un verdadero espíritu nacional, amplio y comprensivo, humano, incapaz de una injusticia y animado por un sincero amor de patria, sin el cual no tiene sentido político ni el amor a la libertad ni el anhelo por un régimen eminentemente democrático y liberal, que hoy como nunca se impone a la conciencia de todos los pueblos civilizados y cristianos, como la única fórmula salvadora de lo que aun resta en el mundo como principios tutelares de la justicia y del derecho, amenazados hasta en sus más hondas raíces.